

Una conversación

Así quedó establecido: Jules se instalaría en casa de Kate desde la boda hasta Año Nuevo.

Con una leve modificación en el plan.

El día antes de la boda, por la tarde, Kate telefoneó a casa de su colega de trabajo, que vivía al otro lado de la ciudad.

—Al, estaba pensando que, si os parece bien a ti y a Jani, tal vez Jules y yo vayamos unos días al norte por Navidad. Tal vez lleguemos hasta el estado de Washington.

—¿Para ver a Lee?

—Es posible. Si nos apetece. Recibí una carta de ella la semana pasada, en la que me pedía que fuera a la isla de su tía por Navidad, si me daban permiso.

—¿Sabe que estás de baja?

—No sabe nada. No le hablé del tiroteo, ni de que me hirieron. No quería preocuparla, y en cuanto salí del hospital, me pareció que era mejor no explicarlo por carta. Dijo que lamentaba no poder asistir a vuestra boda, que os escribirá y os enviará un regalo.

—¿Os vais a separar? —preguntó Al de sopetón.

—Jesús, Al, vaya preguntas que haces. No lo sé. Ya no sé nada. Ni siquiera sé si me importa. Hace cuatro meses que no hablo con ella, sólo me ha enviado esas estúpidas tarjetas tan propias de ella. Pero no habrá escenas, si es eso lo que te preocupa. No metería a Jules en eso. Si vamos, y todavía no he tomado ninguna decisión al respecto, iremos un

día, tal vez nos quedaremos a dormir, dependiendo del horario del transbordador, y luego nos marcharíamos y haríamos otra cosa. ¿Jules sabe esquiar?

—Mejor que yo. Lo cual no es decir mucho, lo admito.

—Quizá podríamos ir a Rainier o a Hood. Si Jani está de acuerdo.

—Hablaré con ella, pero dudo que haya ningún problema. ¿Quieres el coche?

—Voy a bajar el Saab de sus bloques de suspensión. Y si conducir resulta ser un problema, volveremos a casa. No voy a correr el riesgo de sufrir un desmayo o algo por el estilo mientras vaya con Jules. Ya lo sabes, Al, nunca pondría en peligro a Jules. Nunca.

AGOSTO,
SEPTIEMBRE

1

Kate despertó con una pregunta. Permaneció inmóvil unos segundos hasta que obtuvo la respuesta, facilitada por el sonido familiar de la sirena de Alcatraz, que parecía estar a un tiro de piedra del pie de su cama. En casa. Gracias a Dios.

Dedos de sueño tentador tiraron de ella, pero se resistió un momento, algo picada por la curiosidad. Qué raro, pensó amodorrada, no se me habría ocurrido que ese ruido me despertaría. Lo oigo todo el verano, como si viviera dentro de un par de pulmones asmáticos, pero la única vez que reparé en él fue cuando intentaron sustituirlo por aquel irritante gañido eléctrico. ¿El teléfono? No creo que sonara. Y si sonó, ahora ha parado. Que vuelvan a llamar a una hora más humana. ¿El perro del vecino? Lo más probable era que se tratara del sueño, decidió, que había sido de un aburrimiento espectacular, incluso para una mente dormida, una variación del tema tan caro a los polis de «mover las maletas de un lugar a otro... Oh, Dios, he perdido una», lo cual implicaba traslado de prisioneros, uno por uno, desde la celda al pasillo y del pasillo al furgón y luego al pasillo y luego a la celda, cada paso acompañado de formularios, firmas y llamadas telefónicas. Mejor que el infierno de los últimos días, pensó, pero gracias a Dios me he despertado antes de morir de aburrimiento. Las pobres células grises están demasiado cansadas para inventar un sueño decente. Volvamos a dormir.

Rodeó la almohada con el brazo derecho, lo puso debajo del

cuerpo con un estremecimiento de placer voluptuoso, se cubrió la cabeza con las mantas y se dejó deslizar como un pez, deliciosa, resbaladizamente, en el profundo, oscuro y silencioso estanque de sueño.

Pero el timbre de la puerta sonó inmisericorde y la expulsó de su escondite. Sus ojos se abrieron. Segundos después, el mensaje se comunicó al resto de su cuerpo. Sábanas y mantas saltaron por los aires, sus pies tocaron la alfombra, su mano buscó la bata y sólo encontró la madera suave de la puerta del vestidor, tanteó en pos de la maleta y la descubrió cerrada a cal y canto, buscó las llaves y encontró... Desechó la búsqueda inútil con un ademán. Desde debajo de un par de párpados hinchados y legañosos, sus ojos dieron órdenes a dos pies lejanos entre los obstáculos de maletas, ropa, botas y chaqueta diseminadas, hasta la escalera, mientras iba mascullando para sí.

—Es Al, tiene que ser él, le mataré, ¿dónde está mi pistola? Hawkin, voy a volarte la cabeza, bastardo, estoy de permiso hasta esta noche, y aquí vienes tú con tus bromas y tus donuts, de buena mañana —levantó el despertador y volvió a dejarlo en su sitio—, casi de buena mañana. Joder, ¿dónde he puesto esas llaves? ¿Por qué cerré con llave la puta maleta? Al fin y al cabo estaba en el maletero del coche, aquí está mi pistola, podría volar la cerradura, el maldito candado, romperlo con los dientes. Oh, a la mierda, voy tapada casi de pies a cabeza, sólo es Al. No, no puede ser Al. Se ha ido con Jani a no sé dónde, a esa conferencia sobre no sé qué. No es Al, debe de ser el lechero, ja, chica divertida, también podría ser un dinosaurio, un dido o... ¡Dios Todopoderoso!

La última frase fue formulada en forma de grito estentóreo cuando la manga de la chaqueta de dril, desechada algunas horas antes durante el proceso de desembarazarse de toda la ropa para derrumbarse en la cama, la atrapó por el tobillo desnudo y trató de tirarla escaleras abajo. Rebotó en la barandilla y aterrizó sobre todas las protuberancias de la silla elevadora eléctrica, la cual, como último acto antes de salir de casa, había enviado arriba de todo, un estorbo menos, una acción que, en aquel momento, Kate había considerado una simple precaución, pero que en algún otro momento de los últimos días, había decidido que era simbólica. Se liberó del obstáculo y se masajéó el muslo derecho, bajó cojeando la escalera, mascullando y

desaliñada como una persona sin techo, una joven sin techo, musculosa y bien alimentada, que sólo llevaba una chaqueta de pijama azul marino de seda, unos pantalones cortos de franela Campbell y una delgada alianza de oro en el dedo anular de su mano izquierda. Movió a un lado la mirilla y se sorprendió al ver sólo el pequeño porche y la calle. No, espera... Había una cabeza, el extremo superior de una cabeza de pelo oscuro partido por una raya perfecta. Una niña. Kate giró el pomo con las dos manos.

—Escucha, chavala, si has venido a esta hora impresentable para vender galletas de las Girls Scout, voy a denunciarte a... ¿Jules? ¿Eres tú?

La niña asintió con un movimiento dócil tan extraño en la hija de Jani Cameron que Kate tuvo que inclinarse hacia delante para examinarla. Vestía una camiseta blanca con una inscripción en algún idioma extranjero, pantalones cortos, sandalias, y una mochila que colgaba de un hombro delgado. Su lustroso cabello negro estaba tan largo como siempre, con trenzas bien ceñidas, y llevaba una tirita en la rodilla izquierda y un tatuaje en la derecha... No, no era un verdadero tatuaje, sino un dibujo hecho con tinta azul, que ya se estaba borrando. Su piel era de un tono más bronceado que cuando Kate la había visto por última vez, en invierno, pero con una coloración peculiar y una extraña especie de textura marchita.

—¿Qué te pasa? —preguntó con brusquedad.

—Sólo necesitaba verte, Casey. Kate. ¿Crees que puedo entrar? Aquí fuera hace un poco de frío.

Kate reparó, al mismo tiempo, en que estaba acurrucada detrás de la puerta más para protegerse que por modestia, y en que el motivo de que la niña pareciera tan triste y afligida se debía a que estaba medio congelada, temblorosa y aterida debido a la niebla de esta magnífica mañana de agosto de la soleada California. Muy observadora, Martinelli, se dijo Kate mientras retrocedía para dejar entrar a Jules. Llamadme Sherlock Holmes.

—Hacía calor cuando salí por la mañana —dijo Jules como para disculparse—. Me olvidé de la niebla que hace aquí. Se desparrama sobre las colinas como una ola gigante, ¿verdad? La llaman tsunami, o maremoto. Daba la impresión de que iba a arrasarlo todo, desde

Palo Alto en adelante. Es el calor del interior lo que provoca la niebla. Lo leí en un artículo. Es algo cíclico, la atmósfera se recalienta, llega la niebla, se enfría, y después se suceden algunos días despejados, mientras...

Durante este monólogo informativo, Kate condujo a su visitante a la cocina, encendió el radiador eléctrico e indicó con un ademán la silla más cercana, se acercó a la cafetera, desistió de su intento, salió de la cocina (Jules alzó la voz, pero no aminoró la velocidad de su parloteo ni por asomo), volvió con el antimacasar de alpaca color tostado que recubría el respaldo del sofá, lo dejó caer sobre el regazo de Jules, y dedicó sus esfuerzos de nuevo a la cafetera, repitió como un autómata las manipulaciones familiares de granos de café y molinillo, filtro y agua, antes de conectar el aparato y quedarse de pie, con una cadera apoyada contra la encimera y los brazos en jarras, indiferente por completo a la voz de Jules, mientras veía con ojos desenfocados que el líquido marrón empezaba a caer en la jarra, en tanto los engranajes de su mente se desenredaban con pereza, tan cerca del silencio, del sueño...

—¿Estás enfadada, Kate?

Kate, despierta de nuevo, se volvió y estuvo a punto de tirar al suelo una taza de café, demasiado cerca del borde de la encimera.

—¡Jules! Hola. Sí. Quiero decir, no, no estoy enfadada. ¿Debería estarlo?

—Parecías irritada cuando abriste la puerta. Debí sacarte de la cama.

—Toda clase de gente me saca de la cama. No, no estoy enfadada. ¿Has entrado en calor? ¿Quieres beber algo caliente? Supongo que no te gustará el café.

—Me gusta el café, pero con leche y azúcar.

—Claro. Ah. Esta leche no tiene muy buen aspecto —comentó, cuando las gotas de un azul acuoso cayeron en la taza. Examinó la fecha de caducidad—. Parece yogur. Supongo que no querrás yogur en el café. Tampoco huele muy bien.

—No, gracias —dijo Jules cortésmente—. Café solo con azúcar ya me va bien, pero sólo media taza, por favor.

—Estupendo, estupendo —dijo Kate, y asintió media docena de

veces antes de contenerse, coger el cartón de leche y la taza, y llevarlos al fregadero. Pasó agua a la taza, vació el cartón y lo embutió a continuación en el cubo de basura rebosante que había bajo el fregadero (cerrando a toda prisa la puerta del mueble), después sacó azúcar, cuchara y otra taza, y volvió a adoptar la misma postura de antes frente a la humeante cafetera, mientras veía gotear el café lenta, hipnóticamente.

—¿Te encuentras bien? —interrumpió la voz a su espalda. Kate alzó la cabeza con brusquedad.

—Sí, por supuesto. Un poco dormida aún.

—Son casi las nueve —dijo Jules, una tibia acusación.

—Sí, y me acosté a las cinco. No duermo bien últimamente. Escucha, Jules, ¿has venido en plan visita amistosa? Porque si es así, no voy a ser una compañía muy agradable.

—No. He de hablar contigo. Como profesional.

Oh, coño. Kate se restregó la cara con las manos. Un perro extraviado o un compañero abusaniños. El vecino exhibicionista. ¿Es preciso esto?

—No te molestaría si no fuera importante. Ya lo he intentado con la policía local.

—De acuerdo, Jules, no voy a echarte. Dame diez minutos para poner en marcha el cerebro, y después me calaré la gorra de policía.

—Pensaba que los detectives de homicidios no acostumbraban llevar uniforme.

—Un frustrado intento de buen humor. —Sirvió el café en dos tazas y salió con ellas de la cocina—. Puedes comer algo si te apetece —gritó desde la escalera.

Un minuto después, Jules oyó correr el agua de la ducha. A los doce años, tanto por naturaleza como por la poca atención que prestaba su madre a la alimentación, era muy capaz de cuidar de sí misma. Se levantó y dobló el antimacasar de alpaca sobre el respaldo de la silla, y comenzó un registro sistemático de cajones y armarios de cocina. Encontró media barra de pan francés dura como una roca y algunos huevos en la nevera, unas lonjas de beicon en el congelador, un cuenco y una sartén detrás de las puertas de la parte inferior, y después empezó a convertir dichos elementos en un desayuno con movi-

mientos deliberados. Tuvo que aplicar todo su peso sobre la cuchilla de carnicero para cortar el pan en algo semejante a rebanadas, y sustituir la leche por un concentrado de zumo de naranja congelado, pero ya había decidido que la necesidad podía dar lugar a un invento interesante, cuando un ruido siniestro procedente de arriba, medio chillido y medio gruñido, petrificó su brazo que se disponía a sacudir nuez moscada en el cuenco. Antes de que el ruido enmudeciera, continuó sus preparativos, al comprender que Kate acababa de reaccionar a un chorro de agua muy fría. A veces, Al emitía toda clase de sonidos en la ducha, aunque no tan altos. Cuando le había preguntado al respecto, le explicó que le ayudaba a despertarse. Jules nunca se había atrevido a hacerlo, y supuso que eran cosas aprendidas en la Academia de Policía. Localizó un azucarero y añadió una generosa ración a los huevos batidos.

Kate bajó la escalera unos minutos después y entró en la cocina como una exhalación.

—Dios, huele como en un Denny's. ¿Qué has estado haciendo?

—Hay un plato de tostadas para ti, si quieres, y un poco de beicon. No he encontrado almíbar, pero también hay miel caliente, mermelada y azúcar espolvoreada.

Kate engulló cinco rebanadas gruesas y algo más de su parte correspondiente de beicon, y sólo paró cuando Jules se quedó sin pan. Mojó la última esquina del pan untado con mantequilla en el charco de miel derretida, se la metió en la boca y suspiró.

—Retiro el insulto. Huele de maravilla y sabía a gloria. ¿Qué puedo hacer para recompensarte?

—Es tu comida. No has de pagar nada.

—Craso error. Regla número uno de los adultos: no hay nada gratis en la vida. Bien, ¿qué quieres, cómo has llegado aquí, tu familia sabe dónde estás?

—Cogí el autobús y vine andando desde la parada. De hecho, pensé que tendría más problemas, porque sólo he estado en tu casa una vez, pero no cuesta nada llegar desde el centro. Sólo hay que subir la colina.

—Bien, eso contesta a casi todas las preguntas. ¿Debo llamar a alguien para que no denuncie tu desaparición?

—No hace falta. Esta mañana me marché a la hora habitual. Voy a un curso de verano en la universidad sobre programas de tratamiento de textos. Es muy interesante, y siento faltar hoy porque trabajamos en grupos, así que estoy haciendo perder el tiempo a mi compañero, pero siempre se lleva algo entre manos. Es un genio, un verdadero genio, su cociente intelectual es aún más alto que el mío. Vendió un juego a Atari cuando tenía diez años, y está trabajando en una nueva versión, así que no se preocupará si no aparezco. De hecho, hasta es posible que no se dé cuenta. De todos modos, nadie me espera en casa hasta las tres o las cuatro. Mamá llegó a un acuerdo con la familia vecina para que cenara en su casa cuando está fuera, y su hija Trini, que sólo es dos años mayor que yo y una auténtica cabeza de chorlito, aunque piensan que es mucho más responsable, sólo porque es mayor, se queda de noche conmigo. ¿Puedo utilizar tu cuarto de baño?

—¿Eh? Ah, claro, está debajo de la escalera.

—Me acuerdo.

Kate, como detective que era, había tomado conciencia del único dato importante, cuando la niña pasó a su lado, de que tenía seis horas para devolver aquella personita a su casa. Empezó a acumular las cosas del desayuno en el lavavajillas que olía a polvo, pero antes vertió los últimos restos de café en su taza. No se trataba de que la caféina la ayudara a aguantar a Jules Cameron. Tal vez la cocaína. Aunque, bien pensado, Jules había cambiado en el último año. Físicamente, por supuesto. Ya era casi tan alta como Kate, y llevaba un sujetador entre la camiseta y los bultitos del pecho. Lo más sobresaliente era su actitud. A los once años, había afrontado sus problemas (ortodoncia, inteligencia superior, padre ausente y un traslado de larga distancia, nada de lo cual habría podido ser fácil) con una madurez de su lenguaje casi cómica, incluso ostentosa. Daba la impresión de que había controlado esta tendencia, tal vez por deseo propio o porque la necesidad la había hecho crecer. Kate confió en que fuera lo último. Sería una pena que aquella pequeña joya se apagara por culpa de las mentes inferiores que la rodeaban. En particular, reflexionó Kate, de las que habitaban cuerpos masculinos. Jules debía estar acercándose a la edad en que estas cosas importaban.

Terminó de cargar el lavavajillas, lo conectó y entró en la sala de estar, donde encontró a Jules contemplando el jardín del vecino, que estaba empezando a materializarse entre la niebla.

—¿Fue esta ventana? —preguntó Jules.

Tardó un instante en comprender.

—La que está encima de ti.

Vio que Jules retrocedía para mirar, y luego unos pasos más, hasta poder ver las ramas que habían acogido al tirador del SWAT una noche, dieciocho meses antes.

—¿Desde ese árbol?

—Sí.

—No fue Al, ¿verdad? El que... disparó contra ese hombre.

—Pues claro que no.

—Ya me lo imaginaba. O sea, yo era pequeña entonces, y fantaseé con que Al se había subido al árbol, aunque sabía que no era cierto.

—Al no trepa a árboles. Consta en su contrato. Bien —dijo, antes de que Jules pudiera preguntar sobre cláusulas de contratos o pedir ver las manchas de sangre que había, casi invisibles para cualquiera, excepto para Kate, a unos siete centímetros a la derecha de su pie, escondidas bajo la alfombra tibetana nueva—, ¿qué quieres que haga por ti? Como «profesional».

Fue un relato largo y complicado, trufado de detalles ajenos e innecesarias excursiones, especulaciones y reflexiones filosóficas preadolescentes, maduro y sensiblero a ratos, pero Kate era una interrogadora experimentada, y si bien carecía de la capacidad natural de Al Hawkins para descifrar y guiar a la persona interrogada, había aprendido a no desviarse de la ruta idónea.

Jules iba a un colegio privado. Para el padre de un niño de escuela pública, la idea de un colegio privado evoca elevados valores académicos y una rígida disciplina, una amplia educación para niños ya brillantes, equilibrada con el fin de alentar a cada estudiante a desarrollar al máximo sus intereses y aptitudes propios. Esta imagen paradisiaca pierde parte de su solidez una vez que te hallas dentro de la torre de marfil («O sea —comentó Jules—, dos chicas del instituto se quedaron embarazadas el año pasado, menuda falta de cerebro»),

pero puede decirse que la enseñanza no es peor que la de un colegio público, y el número de alumnos por clase es menor. Además, un colegio financiado con fondos privados se halla a salvo de los chantajistas fiscales del estado, que habían convertido casi todos los colegios de la zona donde vivía Jules en colegios abiertos todo el año, con estudiantes que aparecían y desaparecían de los pupitres durante doce meses al año. Donde los padres pagan las facturas, éstos eligen el calendario, y no era por casualidad que muchos de los padres cuyos hijos iban al colegio de Jules dieran clase en universidades y escuelas durante nueve meses. La fecha del programa de música de invierno siempre se elegía con un ojo puesto en el calendario de exámenes de la universidad. Una vez aclaradas estas bases preliminares, y reducido a una perspectiva adulta, el relato de Jules quedaba en lo siguiente.

El junio anterior, nada más anunciarse las notas de la universidad, Jani Cameron había cogido las maletas y a su hija y volado a Alemania, con el fin de examinar ciertos manuscritos en Colonia, Berlín y Düsseldorf. Jani pasó las dos semanas en un éxtasis silencioso y llenó dos libretas con referencias y añadidos al manuscrito que esperaba terminar antes de octubre.

Su hija no estaba tan extasiada, ni mucho menos. A Jani nunca se le había ocurrido enseñar alemán a Jules, para empezar, y después había dictado arbitrariamente que Jules no podía salir del hotel, ir al parque o la biblioteca sin su madre, es decir, no podía ir a ningún sitio. Kate albergaba la firme impresión de que algo desagradable había sucedido, y sus instintos de detective se despertaron, pero no estaba segura de hasta qué punto esa impresión procedía de la dramatización efectuada por Jules de una simple discusión, así que decidió no dejarse distraer. Al final de las dos semanas, cuando madre e hija hicieron las maletas para volver a San Francisco, Jani fue arrancada de su sueño académico y tomó conciencia de que su notable, y por lo general razonable, hija estaba sumida en un caso de enfurruñamiento adolescente.

No, Jules no lo había pasado bien. No le gustaba jugar en parques con niños. No le gustaban las bibliotecas llenas de libros que no sabía leer. Consideraba razonable no haber aprendido alemán en catorce días. Además, no le gustaba que la apartaran de sus amigas y de

una escuela de verano que ofrecía un cursillo de informática muy interesante, sólo para pisar los talones a su madre.

Las dos Cameron discutieron con implacable cortesía durante toda la travesía del Atlántico, interrumpidas sólo por las comidas y por la película, que Jules veía mientras su madre fingía dormir, al tiempo que intentaba asimilar con desesperación el cambio radical producido en su hija. Cuando el avión aterrizó en San Francisco, habían alcanzado un acuerdo. A la mañana siguiente, Jani se sentó ante su escritorio, en tanto Jules iba a intentar matricularse a última hora en el cursillo de informática. Mientras ambas se inclinaban sobre sus respectivos teclados, las dos experimentaron una sensación de precaria victoria bajo la espesa niebla de su «jet lag», y una vaga conciencia de que habían dejado un problema por resolver.

Todo lo cual quería decir que, en tanto Jani escribía su libro y profundizaba en su relación con el inspector Alonzo Hawkin, del Departamento de Policía de San Francisco, Jules pasaba mucho tiempo sola. Iba al colegio cuatro mañanas a la semana para llenar las grietas de su mente voraz con las complejidades de los sistemas informáticos, inteligencia artificial y realidad virtual, pero las tardes y los fines de semana, que en circunstancias normales habría pasado en casa leyendo o flotando en la minúscula piscina de su edificio de apartamentos, los pasaba sola, lejos a propósito de la presencia de su madre. Había pocos amigos en julio y agosto, diseminados como estaban a lo largo y ancho del globo, desde el Parque Nacional de Yosemite hasta Tashkent en el lejano Uzbekistán, pero quedaban suficientes para mitigar el aburrimiento de Jules. Y también estaba su compañero de informática, y la biblioteca, y los libros bilingües que su madre había pedido para que empezara a estudiar alemán, y la piscina más grande del parque, y el propio parque, donde iba a leer.

El lugar donde conoció a Dio.

—Tiene que ser un mote —dijo Jules—. O sea, ¿quién llamaría Dios a su hijo, excepto una estrella del rock o alguien por el estilo? Dijo que era su verdadero nombre, pero en otra ocasión dijo que su madre estaba enamorada en secreto de un pianista llamado Claudio, y por eso le bautizó con el nombre de Dio. Nunca me dijo cuál era su apellido.

Dio vivía en el parque. Debido tanto a la ingenuidad de Jules como al improbable entorno, ella no le había creído. Jules ya le había visto en anteriores ocasiones, unas cuantas veces en julio, y luego más a menudo. Por fin, la última semana de julio, él se había sentado a su lado y le había preguntado qué estaba leyendo. Daba la impresión de que le asombraba que quisiera aprender alemán. Estaba más interesado en uno de sus otros libros, una novela de Anne McCaffrey, y el resto de la tarde se quedó sentado a cierta distancia de ella, leyendo. Leía con lentitud, y le preguntó el significado de dos palabras, pero el libro le absorbía. Cuando llegó la hora de que Jules volviera a casa, Dio preguntó vacilante si le importaría prestárselo. Era una edición de bolsillo, propiedad de Jules, de modo que accedió, y dijo que estaría en el parque la tarde siguiente. Después, Jules volvió a casa para cenar.

Dio se presentó en el parque al día siguiente, y al otro. Le devolvió el libro como si fuera una piedra preciosa, ella le prestó otro, y leyeron con peculiar complicidad durante el resto de la semana.

Tenía que admitir que el chico era extraño. Aunque bien pensado, no era que él fuera raro, sino que había algo raro en él. No se trataba tan sólo de que llevara el pelo largo, aunque limpio, o de que diera la impresión de que sólo tuviera dos camisetas, ninguna de las cuales conseguía que llamara la atención, ni siquiera en un barrio de ricos. Sin embargo, no parecía que tuviera familia o amigos, nunca compraba helados ni traía algún tentempié, y le costaba aceptar algo de Jules. Después, ella descubrió que Dio no tenía carnet de la biblioteca, una desgracia inconcebible para Jules. No dio demasiadas pistas sobre dónde vivía, el colegio al que iba. Y no quiso ir a cenar a casa de Jules cuando ella le invitó. Eso fue la gota que colmó el vaso.

—¿Qué te pasa? —preguntó Jules, irritada—. Eres el hombre más misterioso de todos los tiempos. Cada vez que pregunto algo sobre ti, miras al infinito y mascullas. Me da igual que tu padre sea baturero o algo por el estilo, o si no tienes. Yo no tengo padre, pero eso no quiere decir que no pueda llevar un amigo a casa a cenar. Pensaba que éramos amigos, ¿no?

—Bien, hum, esteee, sí, pero.

—No tienes que invitarme a tu casa si está sucia o así. Mamá hará hamburguesas, y punto, y dijo que podía invitarte.

—¿Has hablado con tu madre de mí? ¿Qué le dijiste? ¿Qué dijo ella?

—Le dije que había conocido a un chico nuevo en el parque, al que le gustaba leer, y ella dijo, «Maravilloso, cariño», y siguió trabajando. Está escribiendo un libro.

Eso le distrajo.

—¿Qué clase de libro?

—Como ya te dije, su especialidad es la literatura alemana medieval. Éste va sobre el matrimonio como símbolo de no sé qué. Muy aburrido. Eché un vistazo a unas cuantas páginas, pero no entendí nada. Bien, ¿vendrás a cenar?

—Tu madre hará preguntas, y su novio poli... Lo siento, Kate, empleó esa expresión —explicó Jules—, saldrá en mi busca.

—¿Qué pasa, eres un delincuente?

—No, bueno, en cierto sentido. Él tal vez lo creería así. La verdad es, Jules, que vivo en el parque.

Siguió una dilatada discusión, con una Jules incrédula que se fue convenciendo poco a poco de que, sí, una persona podía dormir allí, podía vivir en los resquicios de su estirada comunidad. De hecho, tuvo que admitir Kate, el chico parecía listo, y había encontrado un lugar ideal para residir, al menos durante el verano. Se bañaba en las piscinas de los patios traseros cuando ya había oscurecido. Se alimentaba de los cubos de basura, árboles frutales y tomateras de los vecinos que hacían de jardineros los fines de semana. Hasta ganaba un poco de dinero, fingiendo que era un chico del barrio ansioso por cortar el césped y hacer toda clase de faenas domésticas (si bien Jules opinaba que no había muchas en aquella ciudad). Era muy probable que intentara colarse por puertas traseras que no estuvieran cerradas con llave, o robara objetos sin importancia de los coches, pero sin una hermandad delictiva que le respaldara, le habría costado traficar con géneros o vender drogas a la escala que fuera. No, era más bien el perfil de un fugitivo precoz que había descubierto un soberbio lugar de descanso, la isla de un Huck Finn urbano, hasta que el invierno le empujara a los brazos de los depredadores de la ciudad. Kate le deseó

suerte, pero había visto a demasiados de ellos para albergar excesivas esperanzas, o para sentir una gran necesidad de entrar en acción de inmediato.

No obstante, Jules estaba preocupada. No sólo porque Dio careciera de hogar (ella también había leído lo bastante a Mark Twain para quitar hierro a la realidad de lo que los periódicos contaban al respecto), ni por miedo a lo que la vida más dura de octubre le empujara a hacer. Estaba preocupada porque había desaparecido.

Kate dejó que siguiera hablando, y escuchó a medias su relato angustiado de la visita a la policía y la oficina del sheriff, del patrullero que se había reído de ella, del empleado de mantenimiento del parque que la había animado a volver a casa, de la vecina de abajo, la señora Hidalgo, que casi había sufrido un ataque cuando oyó a Jules admitir que había hablado con un desconocido, sin querer saber más. Kate había adivinado lo que se avecinaba desde el momento en que Jules empezó a hablar de un chico del parque de nombre improbable. Las únicas sorpresas consistían en la cantidad de recursos del fugado y la persistencia de la muchacha que había trabado amistad con él. Kate también reparó, cuando obtuvo de una forma más o menos automática una descripción del chico, en la falta absoluta de romanticismo que traducían las palabras de Jules. Estaba claro que Dio era un amigo, no una fantasía de adolescente.

—Sé que Al colaboraría —estaba diciendo Jules—, pero mamá y él no volverán hasta pasado mañana, y le habría llamado para pedirle que obligara a la policía a escucharme, pero entonces me acordé de ti, y pensé que me ayudarías a buscar a Dio, al menos hasta que Al regrese.

Kate notó que aquella declaración de fe golpeaba levemente su escepticismo profesional, hasta que se obligó a recordar con quién estaba hablando, miró los grandes e inocentes ojos de color avellana, apenas salidos de la infancia, y vio reflejados en ellos el brillo frío y apagado de una pantalla de ordenador. Kate, Kate, se reprendió, la falta de sueño no es una excusa para dejarse enredar por el palique de una cría de doce años. La chavala sabía muy bien que Kate haría cualquier cosa por ella. Al Hawkin era el colega de Kate, pero también su superior. Al se estaba esforzando por ganar puntos con Jani Came-

ron. La manera de llegar a Jani Cameron era por mediación de su hija. Por lo tanto, realizar este pequeño servicio ayudaría a reforzar la posición de Kate. Hasta era posible que Kate hiciera más esfuerzos por encontrar a Dio que Al, pero eso era pensar con demasiada sangre fría, y no cabía duda de que la ausencia de Al en aquel preciso momento era fortuita.

—Muy bien —dijo con sequedad, para informar a Jules de que no había mordido el cebo. No obstante, investigaría. Sí, era muy probable que el chico estuviera en Los Ángeles, o trabajando en las calles cercanas a casa, pero no se lo iba a decir a Jules. Gracias a Dios, no era su misión educar a una muchacha protegida y privilegiada sobre los monstruos que acechaban en las sombras, sobre los padres con la conciencia moral de un niño de tres años, los cuales, cuando afrontaban los problemas de un hijo, ya fuera un bebé lloroso o un adolescente hosco, se decantaban por la estúpida reacción de pegarles o deshacerse de ellos. Niños desechables, Dio y miles como él, expulsados de su familia, recogidos por un chulo durante algunos años, y vueltos a expulsar para terminar muriendo a causa de las drogas, las enfermedades y la dureza de la vida en las calles. Dio había empezado bañándose en las piscinas de familias acaudaladas, pero eso no era lo que estaba haciendo ahora.

No le iba a decir todo esto a la señorita Jules Cameron, claro está. Algo más bonito.

—Jules, creo que el policía con el que hablaste tenía razón. Conozco a la gente de la calle, y existen grandes posibilidades de que se haya largado, durante unos días, unas semanas, o de manera permanente. Sí, ya sé que no habría debido marcharse sin avisarte, pero ¿y si se vio obligado? ¿Y si sus padres aparecieron y no quiso volver a casa? Quizá se esfumó hasta que no haya moros en la costa. —Kate se apresuró a hilar los cabos de su endeble argumentación—. ¿Sabe cómo puede ponerse en contacto contigo?

—Sí, le regalé una agenda, pequeñita, que le cupiera en el bolsillo. Tenía un arco iris en la cubierta. Me dijo que no sabía cuándo era su cumpleaños, lo cual es ridículo, por supuesto. No entiendo por qué no me lo dijo. No se puede seguir el rastro de alguien a partir de su fecha de nacimiento, ¿verdad? De todos modos, le agasajé con una

fiesta de no cumpleaños, le preparé al microondas unos bizcochos de chocolate, con velas y un poco de helado, aunque cuando los comimos, el helado se había derretido y tuvimos que utilizarlo como salsa, y el regalo fue la agenda. Escribí su nombre en la primera página, sólo Dio, pero con letra gótica, utilizando una pluma, y en la segunda página apunté mi nombre, dirección y número de teléfono. Crees que se ha metido en algún lío, ¿verdad? —preguntó de repente—. Secuestrado por un asesino múltiple y torturado hasta la muerte, como el de Seattle, o el hombre al que Al y tú detuvisteis, Andrew Lewis. Lo que pasa es que no me lo quieres decir.

Cualquiera la engaña. Kate se pasó los dedos por su pelo todavía húmedo, y pensó por un momento en que debería cortárselo.

—Eso fue algo muy diferente, Jules, ya lo sabes.

—Pero hay alguien que mata gente en Seattle. Una y otra vez. ¿Y si se ha trasladado aquí?

—Jules —dijo Kate con firmeza—, para de intentar asustarte a ti misma. Está matando a chicas jóvenes, no a chicos sin techo.

Cinco hasta el momento, y todas eran jóvenes, menudas, y la mayoría con el pelo corto, pero de todos modos...

—Tienes razón —dijo Jules, y exhaló un largo suspiro—. Siempre dejo volar mi imaginación. De hecho, a veces...

Calló y desvió la vista.

—¿A veces qué?

—No, nada. Una estupidez. Cuando era pequeña, creía que si era capaz de imaginar algo malo, me ocurriría. Pueril, ¿verdad?

—Ah, no lo sé —dijo Kate lentamente—. Siempre son las cosas inesperadas las que te dejan de una pieza.

Jules la miró enseguida, y luego volvió a apartar la vista.

—Sí, claro. Debía de ser una interpretación psicológica de una probabilidad estadística, como decir que el rayo nunca cae dos veces en el mismo sitio. Cuando estaba en la cama de noche, intentaba pensar en todas las cosas terribles que podrían ocurrir, y siempre era un alivio encontrar algo verdaderamente horroroso, porque si podía imaginarlo con suficiente claridad, era como si ya hubiera pasado, y sabía que, al menos, estaba a salvo de «eso».

El vocabulario adulto, combinado con el entusiasmo de la ju-

ventud, hacía difícil comprender a Jules Cameron, pero Kate dejó de momento a un lado la cuestión de qué le estaba diciendo Jules y fue al grano.

—Jules, te aseguro que no necesitas preocuparte por asesinos múltiples y torturadores. Los periódicos te hacen pensar que ese tipo de cosas suceden a cada momento, y es verdad que alguien como Dio podría meterse en muchos líos, muy poco agradables. El mundo no es un buen sitio para un chico sin familia. Pero creo que lo más probable, por razones que sólo él sabe, es que Dio decidiera trasladarse de repente. Y creo de todo corazón que aparecerá de nuevo. Sin más información, no puedo hacer gran cosa por ti, y comprenderás que tengo muy poca autoridad fuera de San Francisco. Sin embargo, iré a hacer unas cuantas preguntas, a ver qué puedo averiguar sobre él, a ver si pongo en marcha el mecanismo. ¿De acuerdo?

—Gracias.

Casi lo susurró, abrumada por el alivio de trasladar la carga a otra persona. Por un momento, pareció muy pequeña.

—Quiero que recuerdes dos cosas, Jules. La primera, da la impresión de que Dio sabe cuidar muy bien de sí mismo. La mayoría de los chicos terminan viviendo en cajas bajo un puente, metidos en líos muy chungos, con personajes de lo más repugnantes. Tu Dio parece muy listo, y yo diría que si consigue mantenerse alejado de las drogas, tiene bastantes probabilidades de seguir a flote.

—Odia las drogas. Me dijo una vez que le ponían enfermo, y que mataron a su madre. Es la única vez que habló de ella, cuando me explicó el origen de su nombre, y creo que hablaba en serio.

Por lo visto, Jules no había afrontado la implicación de que, si el chico sabía que las drogas le ponían mal, tenía que haber probado alguna, pero Kate no quiso abundar en el tema.

—Eso espero. La otra cosa que has de recordar, aunque se haya largado, incluso si ha muerto, Dios no lo quiera, es que tenía una amiga: tú. Muchos chicos fugados no hacen nunca amigos, amigos normales, quiero decir. Has de sentirte orgullosa de eso, Jules. —Ante el horror de Kate, los labios de la niña empezaron a temblar y sus ojos a nublarse. Jesús, después de lo ocurrido los últimos días, sólo le faltaba otra escenita. Se apresuró a impedirlo—. Sin embargo, también

estoy de acuerdo con la señora Hidalgo. Trabar amistad en un parque con un desconocido es una imprudencia, y si yo fuera tu madre, te daría unos cuantos azotes.

En cuanto las palabras salieron de su boca, Kate se preguntó por qué cada vez que conversaba con un niño se transformaba en la típica tía solterona, todo corazón y crítica alternativamente. No me interrumpas, niña. Discutir no es educado. Lávate la boca con jabón. Sin embargo, en este caso, logró su propósito. Los ojos de Jules se secaron al instante, y alzó la barbilla.

—Mi madre nunca me pega. Dice que es un abuso vergonzoso de una fuerza superior.

—Así es. Pero yo lo haría, de todos modos. No obstante —dijo, al tiempo que se ponía en pie—, no soy tu madre, y no quiero que vuelvas a casa en autobús. Voy a ponerme los zapatos y te acompañaré en coche.

—Pero hoy tienes que ir a trabajar. Me lo han dicho.

—Sólo estoy de guardia, y a partir de la noche. Queda mucho tiempo.

—En ese caso, deberías volver a dormir.

—Dormiré más tarde. Nadie muere los martes por la noche.

—Pero...

—Escucha, Jules, ¿no quieres que te acompañe a casa por algún motivo concreto? ¿Ocultas algo, tal vez?

—Pues claro que no.

—Estupendo. Voy a ponerme los zapatos. Vuelvo enseguida.

—De acuerdo. Ah, y... gracias.

En el garaje del sótano, Jules se detuvo entre los dos coches. Contempló el reluciente Saab descapotable blanco arriba de sus bloques, y después tomó nota del modelo japonés mellado y zapparostroso de Kate, cubierto de polvo y manchado de grasa debido a las reparaciones recientes, con el interior sembrado de basura y restos varios. No dijo nada, sino que se limitó a coger del suelo una caja de pastelillos vacía, y con dedos remilgados recogió los corazones de manzana y los rabillos de uva, y los dejó caer en la caja, junto con las tazas de po-

liexpán, envoltorios vacíos, bolsas de papel manchadas de grasa y basura en general. La caja de pastelillos se quedó sin espacio, y utilizó una bolsa de McDonald's para el resto. Después, depositó la caja y la bolsa en el suelo de cemento del garaje, justo bajo la puerta del lado del conductor del coche de Lee. Levantó con todo cuidado las cassetes desperdigadas sobre el asiento antes de subir, y después emprendió la tarea de guardar cada una de las diecinueve cintas en su estuche correspondiente, mientras Kate daba marcha atrás, salía del garaje y se dirigía hacia la entrada más cercana de la autovía. Cuando hubieron sorteado las complicaciones más recientes de la ruta, penetrado en la riada de decididos camioneros, y esquivado las rancheras presa del pánico con matrícula del Medio Oeste, que en el último momento decidían salir, Jules había terminado de ordenar las cintas en su bolsa con cremallera, con los títulos hacia arriba y mirando al mismo lado. Dejó la bolsa en el suelo, debajo de sus rodillas, enlazó las manos sobre el regazo, miró el camión de delante con los ojos entornados y habló.

—¿Dónde está Lee?

Kate respiró hondo y flexionó las manos sobre el volante.

—Ha ido a ver a una tía que vive allá arriba en Washington.

—¿El estado?

—Sí.

—Cuando era muy pequeña, vivíamos en Seattle. No me acuerdo de eso. Debe de sentirse mejor, entonces.

—Seguramente.

Kate notaba los ojos de la niña clavados en ella.

—¿Desde cuándo está fuera?

—Esta misma mañana he vuelto de acompañarla.

—¿La has acompañado en coche? Es un viaje muy largo, ¿verdad? ¿Tiene fobia a volar?

—Le resulta complicado, con sus piernas —dijo Kate con brusquedad, sin que su voz traicionara en ningún momento lo sucedido en las últimas dos semanas, las sorpresas desagradables y la incómoda combinación de soledad, sensación de abandono, rabia incontrolada y los vestigios de la peor resaca que había sufrido en años.

—Ya me lo imagino —dijo Jules en tono pensativo—. Los avio-

nes siempre van llenos. Lo pasaría fatal con muletas. ¿O es que todavía utiliza la silla de ruedas?

—A veces, pero casi siempre usa muletas.

—¿No había un hombre viviendo en vuestra casa? El que cuidaba de Lee. Le conocí. Jon, sin hache.

—También se ha largado durante una temporada.

—Así que estás más sola que la una. ¿Te gusta estar sola en casa?

—Como Kate no contestó de inmediato, la niña continuó—. A mí, sí. Me gusta llegar a una casa, o a un apartamento, como es mi caso, donde sabes que no hay nadie, y que no habrá nadie durante un buen rato. Ya tengo ganas de que mamá me considere lo bastante mayor para quedarme sola. Es un palo tener a Trini siempre revoloteando a mi alrededor. Es buena tía, pero ocupa mucho espacio, y siempre tiene puesta la música. Me gusta estar sola, al menos un rato. No sé si me gustaría estarlo siempre. Supongo que me sentiría mal, sobre todo de noche. ¿Cuánto tiempo estará Lee fuera?

—No lo sé.

Kate estaba perdiendo el control, y notó el tono exasperado en su voz. Jules volvió a mirarla.

—¿Cómo van sus piernas? Al dijo que podía desplazarse bastante bien, comparado con lo que habían imaginado...

—Dejemos de hablar de Lee —dijo Kate, con voz cordial pero expresiva—. En este momento, estoy muy cabreada con ella. ¿De acuerdo? Dime, ¿qué pone en tu camiseta?

Jules bajó la barbilla para echar un vistazo a la inscripción.

—Dice: «*Panta hellenike estin emoi*». Significa, «Para mí eso es griego». El chico de mi clase de programación ahorra para pagarse la universidad vendiendo camisetas. Me pareció fascinante.

»Fascinante«, pensó Kate con una sonrisa, y recordó las interpretaciones psicológicas de las probabilidades estadísticas.

—Háblame de tu clase —sugirió. El tema ocupó a Jules hasta Palo Alto, cuando Kate salió de la autovía y le pidió que la guiara hasta el parque.